

## LOS NOVADORES COMO ETAPA HISTÓRICA

### *The Novatores as a historical period*

ANTONIO MESTRE SANCHÍS

*Catedrático de Historia Moderna. Facultad de Geografía e Historia.*

*Avda. Blasco Ibáñez, 28. 46010 Valencia.*

Los trabajos de Ceñal sobre la historia de la filosofía española del siglo XVII y, en concreto, sobre la presencia de los filósofos modernos, encontraron una sorprendente constatación en el libro de O. V. Quiroz-Martínez. En 1949 aparecía *La introducción de la filosofía moderna en España* de la autora mexicana. Quiroz-Martínez estudiaba unos años muy complejos del pensamiento español: desde la aparición de la *Philosophía libera* de Isaac Cardoso (1673) hasta el *Ocaso de las formas aristotélicas* de Mateo Zapata (1745). Ahora bien, si el tema esencial era la filosofía, dada la implicación de la escolástica con la física aristotélica, la introducción de la filosofía moderna (Descartes o Gassendi) provocaba las alusiones a cuestiones científicas. Así lo reconoce Quiroz-Martínez, cuando escribe: «Todas estas obras (de Tosca, Berní, Martín Martínez) son favorables a la física moderna».

Ahora bien, si la escritora mexicana hablaba de los novatores (la palabra fue empleada en 1714 por Francisco Palanco, filósofo tomista-aristotélico estudiado por Quiroz-Martínez), el concepto como categoría historiográfica aparece en los estudios de López Piñero, con toda claridad en «Juan de Cabriada y las primeras etapas de la iatroquímica y de la medicina moderna en España» (*Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 1962) y en otros estudios. Estas aportaciones, acompañadas de ulteriores investigaciones (Vicente Peset, Víctor Navarro...) crearon la imagen de que el movimiento novator se reducía a la toma de conciencia de nuestro retraso en el campo de la ciencia experimental con la consiguiente exigencia de apertura a Europa.

Estudios posteriores demostraron que el movimiento tuvo mayor relieve. En líneas generales, el reinado de Carlos II, tan denostado como la época de mayor decadencia de nuestra historia, empezó a encontrar una línea de ligera reivindicación. Recuérdese, por ejemplo, el libro de Kamen. Y, en cuanto al campo estrictamente cultural, es necesario recordar las raíces de la historiografía crítica de

Mayans, que encuentra su base en la actitud de historiadores de fines del XVII (Nicolás Antonio, Mondéjar, Sáenz de Aguirre) cuyo conocimiento le llega a través de los consejos de Manuel Martí, deán de Alicante.

Hoy conviene hacer un balance del estado de los estudios sobre los novatores. Para ello era necesario ampliar el campo de nuestras reflexiones. No podíamos descuidar el campo científico. Y surge la pregunta. ¿Eran tan novedosas las aportaciones de Cabriada y estaban tan aislados los científicos españoles de los movimientos científicos europeos? ¿Desconocían los experimentos y sólo individuos aislados y en contacto con Europa, como Carmuel, estaban al corriente de la nueva ciencia? ¿Cuál era la enseñanza normal de las ciencias exactas y experimentales en el siglo XVII? Clarificar estos problemas constituye el eje del trabajo de Víctor Navarro. El autor, que ya había estudiado las aportaciones del P. José Zaragoza, de Corachán y de Tosca, en *Tradició i canvi científic al País Valencià Modern* (1985), aborda ahora el nivel de la enseñanza de los jesuitas en el campo de los estudios matemáticos.

Nadie puede negar que los novatores se movían en una doble vertiente: de cara a Europa para mirar como en un espejo a imitar y de cara al interior con la experiencia de una situación, a su criterio, decadente. ¿Qué pensaban de Europa y de su modelo de vida? Es tarea que ha corrido a cargo de François Lopez. Llama la atención, en primer lugar, la frecuente comunicación con los medios culturales europeos. Imposible residir en el extranjero, así los militares o políticos, y desconocer la existencia de libros básicos, la manera de pensar, el enfoque de la vida. Este es el caso de Francisco Gutiérrez de los Ríos, conde Fernán Núñez, autor de *El hombre práctico o Discursos sobre su conocimiento y enseñanza* (1686). Gutiérrez de los Ríos exalta el valor de los estudios matemáticos, que permiten superar las quimeras y aproximan a la realidad. Este planteamiento procede, a juicio de López, de Descartes o de un filósofo moderno, que centra en la concepción de las matemáticas el eje del pensamiento del siglo. A juicio del autor estamos ante el primer manifiesto de las opiniones que se difundirán a lo largo del siglo XVIII: condena del escolasticismo, citas de Descartes, adhesión a la filosofía y ciencia modernas, elogios del «admirable Gassendo». Y, por supuesto, no será sólo el conde de Fernán Núñez. En esa línea de apertura intelectual a Europa habría que situar al marqués de Santa Cruz del Marcenado, con sus *Reflexiones militares* (Turín 1724-1727), o de otros nobles como el marqués de Villena.

Pero en perfecto paralelismo se imponía una reflexión sobre el interior. Y la historia será el instrumento de análisis. Esta ha sido mi aportación personal. A señalar, en primer lugar, la exigencia del método crítico frente a las falsas supersticiones de la historia fingida por los cronicones. Esta actitud entrañaba el conocimiento, y aun colaboración, de los grandes creadores de la crítica histórica (maurinos y bolandistas). En el análisis de nuestra situación nacional, no pueden negar la evidente decadencia de que son testigos, pero, al mismo tiempo, descubren épocas de grandeza político-militar y, sobre todo, cultural. Surge, como consecuencia, un evidente espíritu apologético, que permite levantar el ánimo para emprender la renovación necesaria. Estamos ante una actitud apologética, que cristalizará a lo largo del siglo XVIII, desde Feijoo a Forner, en múltiples y diferenciados matices. Será Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Hispana*, quien marque

la pauta. Su obra constituye el testimonio más audaz del alcance apologético de la erudición. Pero no será el único: Mondéjar, Dormer, Sáenz de Aguirre..., serán testigos de las ansias de reforma, dentro de la aceptación de la decadencia. El orgullo de ser español todavía estaba vigente y basado en hechos históricos que era necesario recordar.

Hay, asimismo, una renovación de los estudios de derecho. El estudio de Mariano Peset y Pascual Marzal nos introduce en el problema del humanismo jurídico. Aparecido en Francia, el llamado *mos gallicus* de Cujacio, apenas encontró un eco en España, salvo la honradísima excepción de Antonio Agustín. En cambio, en el siglo XVII, gracias a la docencia de Ramos del Manzano y Fernández de Retes, se inicia una nueva actitud que tendrá su plenitud en el Siglo de las Luces con los trabajos de Finestres y de Mayans, tan apreciados en Europa. Pero también conviene señalar, como hacen los autores, que todavía no aparece el interés sobre el jusnaturalismo racionalista (Grocio, Pufendorf). Eso será propio del siglo XVIII, y con muchos límites y cortapisas.

Ahora bien, todo cambio cultural exige modificaciones de lenguaje. Así lo demostró para la Ilustración Pedro Alvarez de Miranda en su obra básica: *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*. El mismo Alvarez de Miranda plantea los inicios de este cambio de léxico. Señala un hecho muy importante: son los novadores de fines del XVII los más preocupados por la lengua, los creadores de las Academias científicas y los que propiciaron la fundación de la Real Academia Española. Quizás convenga insistir en un dato: el proyecto implicaba la exigencia de la fundación simultánea de una Real Academia de Ciencias que, por múltiples circunstancias, quedó postergada. Pero también precisa los límites léxicos. La defensa del uso del castellano, con el abandono del latín, para el estudio de las ciencias y la filosofía, no va acompañada de una necesaria claridad expositiva. Para la consecución de la fluidez y riqueza léxica castellana será necesario esperar a Feijoo.

Puede echarse de menos un trabajo sobre la renovación político-económica en el pensamiento de los novadores. Muchos de sus criterios pueden observarse en los temas presentados. De cualquier forma se trata de un tema mucho más conocido entre los historiadores. Desde los trabajos de Kamen, Molas o Fontana (entre otros), es un asunto que ha sido trabajado con interés y profundidad. Todos ellos vienen a señalar la década 1680-1690 como el inicio de un resurgir tanto político como económico. Hemos querido centrar los estudios en aspectos estrictamente culturales. En cualquier caso, también los aspectos políticos y económicos confirman la validez de los novadores como una referencia adecuada a una etapa histórica española entre el barroco y la Ilustración.

Valencia, y febrero de 1995  
Antonio Mestre  
*Catedrático de Historia Moderna*  
*Universidad de Valencia*